

Manuel y Benjamín

El Siglo - 14 Mayo 1973 por Francisco COLOANE

Manuel era el mayor, 77 años, Benjamín el menor, 71. Murieron con horas de diferencia, uno en Santiago y otro en Tacna. "Describe tu aldea y describirás el mundo", dijo Tolstoi. Hoy, es al revés, las malas y las buenas noticias nos llegan en un instante por los cuatro costados.

Recibir de golpe por la radio, una tras otra, con pocos minutos de diferencia, la muerte de dos grandes escritores, además de dos grandes amigos, es como para bambolearse en medio de un temporal. Sin embargo, el mar estaba en calma, la noche tan estrellada que una media luna en creciente jugaba con sus ondas luminosas desde los cantiles de la Cueva del Pirata hasta la infinita oscuridad del horizonte. Rigel y "Los Tres Reyes Magos", también trazaban sus "Puntas de Rieles" sobre las tranquilas aguas de la bahía de Quintero. El Océano Pacífico era como los tranquilos pasos de alguien que nunca llega ni se va...

Con Manuel hicimos nuestro último viaje hace dos años hacia Cuba, cuya revolución admiraba por sobre todas las otras. Nos encontramos en Madrid al subir al avión. Ibamos de jurados para el concurso de "La Casa de las Américas"; él de novela y yo de cuento. Pasamos una noche en el aeródromo de Gander, en Terranova. Cuando desperté en la misma pieza del hotel, ví a mi lado su cabeza blanca como el penacho de un témpano sumergido que hubiera ido a dar desde la Tierra del Fuego a esa otra gran isla del Canadá. Estaba leyendo la guía de teléfonos y de pronto oigo su franca risa como el de una cascada: "fíjate que aquí he encontrado por primera vez en mi vida el apellido Manuel, no sabía que existiera...", y volvió a pronunciar "Manuel", con acento norteamericano, lento e irónico.

Nos levantamos a echarle una mirada al paisaje, pues habíamos aterrizado de noche. Vimos más de un metro de nieve interrumpido sólo por el paso de la carretera frente a un bosque de esos árboles cuya hoja aparece como símbolo en la bandera canadiense, y luego un gran trecho de lago helado semejante al de nuestro Seno de Última Esperanza en invierno. En la otra orilla se levantaban colinas con más bosques nevados. Me parece que estoy en Magallanes —le dije—, voy a salir a ver esto.

—No salgas —me aconsejó— te puedes caer en la nieve y romperte una pierna y vas a producir problemas.

—No me aguanto, Manuel —le respondí—, voy a salir nomás.

Y así fue. Atravesé la carretera, me metí por una huella abierta por los trineos, y como me lo había advertido, me caí en un hueco mojándome hasta más arriba de las rodillas.

—No te decía yo... eso te pasa por... —y agregó un calificativo muy chileno cuando regresé como tiuke empapado. Pero me consiguió medias de lana con una señora del hotel, mientras yo secaba mi ropa en la calefacción.

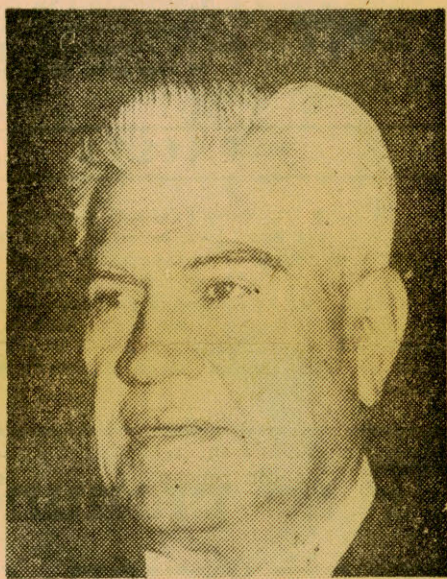
Era un hombre callado y, cuando no, lo hacía con palabras que caían como machetazos cortando algo en el aire, o bien como alas que a uno

le daban ánimos: "no pierdas el tiempo escribiendo leseras, demóstrate cinco años y escribe una buena novela", me dijo cierta vez "Escribir, escribir y escribir", le recomendaba a los jóvenes cuando le preguntaban por el trabajo literario.

Cuando trabajé en la selección de las Obras Escogidas de Pablo Neruda le pregunté su opinión sobre "El habitante y su esperanza".

—Eso no es novela —me respondió—, Neruda no puede escribir otra cosa que poesía. Todo en él es poesía.

Yo lo admiraba desde el lejano Magallanes como a un Gorki chileno. La primera charla sobre literatura que di fue sobre su obra, hace muchos años, en la Feria del Libro



de la Alameda, donde lo conocí personalmente. Me compró algunos de sus libros para que yo me informara; pero ya me sabía de memoria la "Balada de Primavera":

"No te pongas triste, hermano, que ha llegado el tiempo de los cerezos floridos y del buen vino.

¿Qué van a decir los amigos si te ven triste?"

Que me perdone Manuel si me está leyendo y le he echado a perder el texto...

Con Benjamín y Manuel y otros escritores, hicimos una caravana por Copiapó y Antofagasta, hace años, promovida por la editorial Zig-Zag. En Caldera me tocó hablar en la plaza pública como en un mitin político. Me impresionó el antiguo puerto de veleros, abandonado después que la codicia capitalista sacó por él la riqueza metalífera de Copiapó. "Hablaste como un cura comunista" —recuerdo textualmente que me reprochó Benjamín Subercaseaux. "Tú no lo haces tan mal cuando te largas a despotricar contra los falsos curas y los falsos científicos", le respondí. Se quedó callado y halagado, pues él había dejado la novela para dedicarse a la ciencia, especialmente a la antropología. Ahora recién supe, con motivo de su muerte, que había estudiado para médico.

A veces estaba contra todo y contra todos, y hasta contra sí mismo. A menudo lo veía como un solitario que hubiera trazado un círculo mágico a su alrededor, en medio del cual, observaba incólume, amando y odiando a sus semejantes.

A pesar de que Jimmy Button, Santa María o Chile o una loca geografía, empecé admirándolo por su Niño de Lluvia, que me parece el reflejo más profundo de sí mismo.

Algún niño del sur, en su chalana chilota, en su canoa alacalufe o en la de los yámanas del Cabo de Hornos, lo estará llorando a estas horas con esa inacabable sinfonía austral entre cielo y tierra; la de los hombres de barro, de cielo o de lluvia.

Se han ido juntos estos dos viejos maestros de nuestra literatura. Ambos, a pesar de sus opuestos orígenes sociales, enfocaron con realismo crítico y talentos irreemplazables, los problemas del hombre y su medio, tanto dentro de nuestras angostas fronteras como en las más anchas del mundo de hoy, que se ha convertido en "una aldea".

